

---

---

# HISTORIA DE FLORENCIA.

---

## SUMARIO.

- I. Consideraciones sobre el objeto de las guerras y la utilidad de las victorias.—II. El duque de Milán negocia con el conde Francisco Sforza, cuyas negociaciones producen recelos y disgustos entre el Conde y los venecianos.—III. Ravena se somete á la dominación de Venecia (1440). El Papa vende el Burgo de San Sepolcro á los florentinos. Nicolás Piccinino hace libremente correrías, durante el invierno, en los dominios venecianos.—IV. Llegada la primavera, y comenzadas las hostilidades, obliga á Sforza á levantar el sitio de Martinengo. Se enorgullece después tanto por esta victoria, que el duque de Milán, para vengarse de él, hace la paz con los aliados (1441). Francisco Sforza, conforme al convenio, se casa con la hija del Duque y recibe en dote Cremona.—V. Alfonso de Aragón emprende de nuevo la guerra por la posesión de Nápoles, de Benevento y de otras ciudades y comarcas del reino. Pactan alianza con él y contra Sforza el duque de Milán y el Papa, y nombran general del ejército á Nicolás Piccinino (1442). Á Renato de Anjou, rey de Nápoles, expulsado por Alfonso, le reciben honrosamente los florentinos, que hacen causa común con él y con Sforza.—VI. Nuevas discordias en Florencia. Animosidad contra Neri de Gino Capponi (1443).—VII. Por traición de Bartolomé Orlandini es muerto Baldaccio de Anghiari. Reforma del gobierno en favor del partido de los Médicis (1444).—VIII. Muerte de Piccinino. Fin de la guerra.—IX. Bautista Cannedi mata á Anibal Bentivoglio en Bolonia, y el

pueblo mata á Canneschi, produciendo estas muertes graves disturbios en aquella ciudad (1445).—X. Es llamado al gobierno de Bolonia Santi, supuesto hijo de Hércules Bentivoglio.—XI. Guerra general en Italia con daño del duque de Milán.—XII. El Duque hace un convenio con Sforza.—XIII. Muerte del duque de Milán Felipe Visconti. Los Milanese nombran á Sforza su general (1447).—XIV. Negociaciones del Pontífice para pacificar Italia. Opónense á ellas los venecianos.—XV. Alfonso de Aragón ataca á los florentinos.—XVI. Es obligado á pedir la paz y á partir (1448).—XVII. El conde Sforza guerrea con ventaja contra los venecianos.—XVIII. Continúa la guerra.—XIX. El Conde obliga á los venecianos á pedir la paz.—XX. No pareciendo bien la paz pactada á los milaneses, se alían con los venecianos contra el Conde.—XXI. Sforza sitia á Milán.—XXII. Finge retirarse del asedio de Milán.—XXIII. Diversas opiniones en Florencia sobre la conducta que se debe observar con Sforza.—XXIV. Los milaneses son sitiados de nuevo y, reducidos á extremas penalidades, se sublevan contra los magistrados, entregándose á Sforza (1450).—XXV. Liga entre el nuevo duque de Milán y los florentinos de una parte, y el rey de Nápoles y los venecianos de otra.—XXVI. Consecuencias de estas alianzas.—XXVII. Llega á Florencia el emperador Federico III (1451). Guerra en Lombardia entre el duque Milán y los venecianos.—XXVIII. Fernando, hijo de Alfonso, rey de Nápoles, en guerra contra los florentinos, invade la Toscana (1452).—XXIX. Conjuración de Esteban Porcari en Roma contra el Gobierno pontificio, descubierta y castigada.—XXX. Gherando Gambacorti, señor de Val de Bagno, negocia con el rey de Nápoles entregarle su Estado, pero el valor y firmeza de Antonio Gualandi perturba sus proyectos (1453).—XXXI. Renato de Anjou vuelve á Italia llamado por los florentinos, y poco después regresa á Francia.—XXXII. Por intervención del Papa se ajusta la paz entre los príncipes beligerantes (1454).—XXXIII. Jacobo Piccinino ataca á los sienese. Los Turcos son derrotados en Belgrado.—XXXIV. Espantoso huracán en Italia.—XXXV. Génova se da al rey de Francia (1458).—XXXVI. Muerte de Alfonso de Aragón, rey de Nápoles. Le

sucede su hijo Fernando. El papa Calixto III muere cuando proyectaba dar el reino de Nápoles á su sobrino Pedro Luis Borgia. Le sucede en el pontificado el sienés Eneas Silvio Piccolomini, con el nombre de Pío II.—XXXVII. Discordia en Génova entre Juan de Anjou y los Fregosos que resulta en daño de éstos (1459).— Anjou invade el reino de Nápoles y vence al rey Fernando.—XXXVIII. El rey Fernando, con el auxilio del Papa y del duque de Milán, recupera el trono (1460). Génova sacude el yugo de los franceses. Juan de Anjou, abandonado por Jacobo Piccinino, es derrotado en el reino de Nápoles, refugiándose en Ischia, desde donde vuelve á Francia (1462).

I. El propósito de cuantos emprenden una guerra siempre fué, y es natural que sea, enriquecerse y empobrecer al enemigo. Las victorias y las conquistas se apetecen para aumentar el poderío del vencedor y debilitar al adversario. De aquí resulta que, cuando la victoria empobrece ó la conquista debilita, se traspasa ó no se llega al fin con que fué la guerra emprendida.

Los monarcas ó las repúblicas se enriquecen con la guerra cuando, extenuado el enemigo, son dueños del botín y de los tributos; pero la victoria empobrece á los que, venciendo, no destruyen á sus enemigos, y si el botín y los tributos no es presa de los gobiernos vencedores, sino de los soldados. Quienes se encuentran en este caso son desdichados si en la guerra pierden, y desdichadísimos si triunfan; porque, perdiendo, sufren las ofensas de los enemigos, y venciendo, las que les ocasionan los amigos, que, por ser menos razonables, son más insufribles, ocasionando la necesidad de imponer nuevos gravámenes y tributos á los súbditos; de suerte que, si el gobierno vencedor tiene sentimientos humanos, no puede alegrarse de victorias que entristecen á los gobernados.

Las antiguas y bien ordenadas repúblicas acostumbraban, después de sus victorias, á llenar de oro y plata el Tesoro público, á distribuir donativos al pueblo, á perdonar tributos á los ciudadanos y á festejar los triunfos con juegos y ceremonias solemnes; pero en la época que historiamos se empezaba por agotar el erario público, después se empobrecía al pueblo, y se acababa por no tener seguridad ninguna contra los enemigos.

Todo esto nacía del desorden con que se practicaba la guerra; porque despojando á los enemigos vencidos, pero no prendiéndoles ni matándoles, tardaban en atacar al vencedor sólo el tiempo que empleaba el Estado al que servían en proporcionarles nuevas armas y caballos. Además, siendo el botín y los tributos para los soldados, no aprovechaban al príncipe ó gobierno vencedor para los nuevos gastos y nuevos sueldos, que sacaban de las entrañas de sus pueblos; de suerte que las victorias, lejos de resultar en beneficio de los súbditos del vencedor, hacía á los príncipes más solícitos y menos respetuosos para acrecentarles los gravámenes.

Á tal punto habían conducido la guerra los soldados, que lo mismo el vencedor que el vencido, sólo á fuerza de dinero se hacía obedecer de los ejércitos, porque éste tenía que equiparlos de nuevo y aquél premiarlos. Sin nuevo equipo los derrotados no podían combatir, y los vencedores, sin nuevos premios, no querían. De aquí nacía que el vencedor gozaba poco de la victoria, y el vencido sentía menos la derrota, porque éste tenía tiempo para rehacerse, y aquél nunca podía continuar la ventajosa campaña.

II. Este desorden y esta deplorable disciplina fué causa de que Nicolás Piccinino estuviera ya al frente de

nuevo ejército cuando aun no se sabía en Italia su derrota, haciendo mayor guerra á sus enemigos que antes. Por ello, después del desastre de Terma (1440) pudo ocupar á Verona; despojados y dispersos sus soldados en Verona, venir con grueso ejército á Toscana; derrotado en Anghiari, antes de volver á la Romaña, estar ya más fuerte que antes, dando al duque de Milán la esperanza de poder defender la Lombardía que, por su ausencia, creía el Duque haber perdido. Pues mientras Piccinino perturbaba la Toscana, veíase Visconti reducido al extremo de temer la pérdida de sus Estados, y, juzgando que pudiera llegar antes su ruina que el socorro de aquel á quien había llamado, para contener el impetu del conde Sforza y ganar tiempo con la industria, ya que con la fuerza no podía conseguirlo, acudió á los medios que en semejantes circunstancias le produjeron buenos resultados, y envió á Nicolás de Este, marqués de Ferrara, á Peschiera, donde estaba el Conde, para inducirle, por cuenta propia, á ajustar la paz; mostrándole que no le convenía aquella guerra, porque si el Duque llegaba tan á menos que no pudiera mantener su influencia, Sforza sería el primero en participar de esta mala suerte, á causa de que, no necesitándole los venecianos ni los florentinos, no le estimarían. En prueba de que el Duque deseaba la paz, le ofreció la realización del matrimonio con su hija, que enviaría á Ferrara para que se casase con él, terminada la guerra.

Respondió Sforza que, si verdaderamente deseaba Visconti la paz, le era fácil conseguirla, por quererla también los venecianos y los florentinos; pero no se podía darle crédito, sabiéndose que nunca había ajustado la paz sino por necesidad y, pasada ésta, renacían sus deseos

belicosos; que ni aun á lo del casamiento debía prestar fe, después de haber sido tantas veces burlado; sin embargo, ajustada la paz, haría respecto al matrimonio lo que sus amigos le aconsejaran.

III. Á los venecianos, que á veces sin fundamento sospechaban de la fidelidad de su ejército, con razón alarmaron estas negociaciones, y el conde Sforza, para que confiaran en él, determinó proseguir la guerra vigorosamente; pero de una parte la ambición del Conde, y de otra las sospechas de los venecianos, entibieron de tal suerte la actividad de Sforza, que nada importante emprendió en el resto de la campaña, y volviendo á Lombardía Nicolás Piccinino, cuando empezaba el invierno, los ejércitos se retiraron á sus cuarteles; el Conde se situó en Verona, el duque de Milán en Cremona, los florentinos en Toscana y las tropas pontificias en la Romaña.

Éstas, después de la victoria de Anghiari, atacaron á Forli y Bolonia, para quitar ambas poblaciones á Francisco Piccinino que, á nombre de su padre Nicolás, las gobernaba, y no lograron tomarlas, porque Francisco las defendió valerosamente.

Sin embargo, la llegada del ejército pontificio difundió tal temor á los de Ravena de caer bajo el poder del Papa, que de acuerdo con su señor, Ostasio de Polenta, pusieronse bajo la potestad de los venecianos. Éstos, en recompensa de la entrega de la ciudad, y para que Ostasio no pudiese nunca recobrar por fuerza lo que por poca prudencia había dado, le enviaron con su hijo á morir á Candía.

Como, á pesar de la victoria de Anghiari, faltaba dinero al Papa, vendió el castillo del Borgo de San Sepolcro en veinticinco mil ducados á los florentinos.

Así estaban las cosas, no pensando nadie en ajustar la paz, porque todos creían que la llegada del invierno les aseguraba contra las operaciones militares de sus enemigos, y más que todos el duque de Milán, por contar para su defensa, además del invierno, con Nicolás Piccinino. Por ello había roto las negociaciones para la paz con Sforza, y con suma diligencia reparaba el ejército de Piccinino y hacía las demás provisiones necesarias para la próxima guerra.

Sabido esto por el Conde, fué á Venecia para ponerse de acuerdo con el Senado respecto á las operaciones en el año inmediato.

Nicolás, por su parte, teniendo dispuesto su ejército y viendo desordenado al enemigo, no esperó la llegada de la primavera y en el rigor del invierno (1441) pasó el Adda, entró en el Bresciano, ocupando todo aquel país, excepto Adula y Acri, y desvalijando y prendiendo más de dos mil caballos de Sforza, sorprendidos en esta acometida. Pero lo que más desagradó á Sforza y asustó más á los venecianos fué que Ciarpellone, uno de los mejores capitanes del Conde, se rebeló.

Cuando supo Sforza estos sucesos, salió inmediatamente de Venecia y, al llegar á Brescia, vió que Piccinino, después de causar aquel daño, había vuelto á sus cuarteles. Apagada pués la guerra, no juzgó Sforza conveniente encenderla de nuevo; prefiriendo, ya que la estación y el enemigo se lo permitían, reorganizar su ejército, y esperar la llegada el buen tiempo para vengar las ofensas recibidas. Hizo además que los venecianos reclamaran las tropas que en Toscana servían á los florentinos, y en reemplazo de su general Gattamelata, que había muerto, pidió á Miguel Attendulo.

IV. Al llegar la primavera, Piccinino fué el primero en salir á campaña, y acampó en Cignano, fortaleza distante de Brescia doce millas, en cuyo socorro acudió Sforza. Ambos generales dirigieron la guerra según su acostumbrado método.

Temiendo el conde Sforza por la seguridad de Bér-gamo, acampó delante del castillo de Martinengo, desde donde, una vez tomado, podía socorrer sin dificultad dicha plaza, enérgicamente atacada por Piccinino, quien, viendo que sólo podía venir el enemigo por aquella vía, había fortificado á Martinengo con toda clase de obras de defensa, tanto que el Conde tuvo que combatirlo con todas sus fuerzas.

Piccinino situóse en punto que impedía la llegada de viveres al ejército de Sforza, y con zanjas y bastiones se fortificó de tal modo, que el Conde no podía atacarle sin manifiesto peligro. Redujo así las cosas á términos que el sitiador de Martinengo corría más riesgo que los sitiados, no pudiendo permanecer allí por falta de víveres, ni levantar el campo sin riesgo. Era, pues, evidente la victoria del duque de Milán y la ruina de Sforza y de los venecianos.

Pero la fortuna, que siempre tiene medios de favorecer á sus amigos y de dañar á sus enemigos, hizo que creciera tanto la ambición de Piccinino, por la esperanza de esta victoria, y que llegara su insolencia al extremo de que, sin respeto al Duque ni á sí mismo, envió á decirle que militaba largo tiempo bajo sus banderas sin haber obtenido la tierra necesaria para su sepultura, por lo cual quería saber cómo serían premiados sus esfuerzos, estando, como estaba, en su mano hacerle Señor de Lombardía y entregarle todos sus enemigos. Añadía



que, considerando debía tener seguro premio una victoria segura, deseaba le concediese la ciudad de Piacenza, para gozar allí de reposo, después de tanto guerrear. No tuvo, finalmente, reparo en amenazar al Duque con el abandono de la empresa, si no accedía á su pretensión.

Esta forma insolente é injuriosa de pedir ofendió tanto al duque de Milán y le produjo tanta indignación, que determinó perder la campaña antes que acceder á la exigencia; y este príncipe, imperturbable ante los peligros y las amenazas de sus enemigos, cambió de propósito por los insolentes procedimientos de los amigos, determinando ponerse de acuerdo con Sforza, á quien envió á Antonio Guidobuono, de Tortona, ofreciéndole, como condición de la paz, el casamiento con su hija. El conde Sforza y los aliados aceptaron ávidamente esta proposición y, firmado secretamente el convenio entre ellos, ordenó el duque de Milán á Piccinino que pactara tregua por un año con el Conde, alegando que, agobiado por tantos gastos, prefería segura paz á dudosa victoria.

Admiró á Piccinino esta determinación, ignorando el motivo que inducía al Duque á prescindir de tan glorioso triunfo, y sin poder creer que, por no premiar á sus amigos, quisiera salvar á sus enemigos. Por ello, en la forma que juzgaba más conveniente, se oponía á esta determinación, tanto que el Duque tuvo necesidad, para obligarle á obedecer, de amenazarle con entregar á él y á sus soldados como presa á los enemigos, si no cumplía sus órdenes.

Obedeció Piccinino con sentimiento igual al que sufre quien por fuerza abandona los amigos y la patria; do-

liéndose de su mala suerte, pues unas veces la fortuna y otras el Duque le impedían triunfar de sus enemigos.

Hecha la tregua, celebróse la boda de Sforza y Blanca Visconti, dando el Duque por dote á su hija la ciudad de Cremona. Después firmaron la paz en Noviembre de 1441, por los venecianos Francisco Barbarico y Pablo Trono. y por los florentinos maese Agnolo Acciajuoli. Los venecianos adquirieron por esta paz Peschiera, Asola y Lonato, poblaciones fortificadas del marqués de Mantua.

V. Terminada la guerra en Lombardía, continuaba en el reino de Nápoles, y el no poder acabar allí, fué causa de que renaciera en Lombardía.

Alfonso de Aragón había quitado todo el reino á Renato de Anjou, excepto Nápoles, mientras duraba la guerra en Lombardía. Creía Alfonso tener segura la victoria y determinó, mientras sitiaba á Nápoles, quitar al conde Sforza Benevento y los otros Estados que entonces poseía, por juzgar que ningún peligro había en ello, estando ocupado el Conde en la guerra en Lombardía.

Fácilmente realizó Alfonso aquella empresa y con poco trabajo ocupó toda la comarca; pero llegada la noticia de la paz de Lombardía, temió que, por recobrar sus posesiones, tomara Sforza partido por Anjou, y así lo esperaba éste por igual motivo. Envió, pues, Renato emisarios al Conde para que fuera á socorrer á un amigo y á vengarse de un enemigo. Por su parte, Alfonso rogó á Felipe Visconti que, por la amistad que les unía, proporcionara á Sforza dificultades de tal importancia que le obligaran á renunciar á todo intento en Nápoles.

Determinó Visconti servir á Alfonso, sin tener en cuenta que turbaba la paz firmada por él poco antes con

tanta desventaja suya, é hizo saber al papa Eugenio que había llegado el momento de recobrar las tierras de la Iglesia ocupadas por Sforza, ofreciéndole para ello á Nicolás Piccinino, pagado mientras durase la guerra, el cual, hecha la paz, estaba con sus tropas en la Romaña.

Aceptó con ansia el Papa aquel consejo, tanto por el odio que tenía á Sforza, como por el deseo de recobrar lo suyo, y aunque Piccinino le había engañado en otra ocasión que intentó realizar este proyecto, creía que, interviniendo el Duque, no era probable nuevo engaño. Reunió, pues, sus tropas con las de Piccinino é invadió la Marca. Sorprendido Sforza por el inesperado ataque, marchó al frente de sus tropas contra el enemigo.

Entretanto el rey Alfonso se apoderaba de Nápoles (1442), quedando en su poder todo el reino, menos Castelnuovo, donde dejó Renato buena guarnición, y dirigióse á Florencia. Aquí le recibieron con muchas honras; pero, á los pocos días, convencido de que no podía sostener más la guerra, se fué á Marsella.

Alfonso había ya tomado á Castelnuovo, y Sforza encontrábase en la Marca, inferior en fuerzas al Papa y á Piccinino, por lo cual acudió á los venecianos y á los florentinos, pidiéndoles auxilio de gente y dinero y mostrándoles que, si no pensaban refrenar entonces al Papa y al rey de Nápoles, mientras él estuviera vivo, poco después tendrían que pensar en la propia salvación, porque se pondrían de acuerdo con Felipe Visconti y dividirían entre sí la Italia.

Florentinos y venecianos estuvieron dudosos algún tiempo, tanto por no saber si les convendría enemistarse con el Papa y con el Rey, como por estar ocupados con los asuntos de los boloñeses.

Había arrojado Aníbal Bentivoglio á Francisco Piccinino de Bolonia, y para poder defenderse del duque de Milán, que favorecía á Francisco, pidió auxilio á los venecianos y florentinos, quienes no se lo negaron. Ocupados en esta empresa no podían decidirse á auxiliar á Sforza.

Pero ocurrió que Aníbal derrotó á Francisco y, pareciendo asegurada la tranquilidad por aquella parte, determinaron los florentinos ayudar al conde Sforza; aunque primero, para asegurarse del duque de Milán, renovaron la alianza con él, á lo cual se prestó el Duque, asegurando que consintió atacaran al conde Sforza mientras el rey Renato de Anjou estaba con las armas en la mano; pero, vencido ya y privado de todo el reino, no le parecía bien que despojaran á Sforza de sus Estados, por lo cual no sólo consintió en ayudarle, sino que escribió al rey Alfonso para que volviera á su reino, y cesara en las hostilidades. Aunque esta petición disgustó al rey Alfonso, sin embargo, por las obligaciones que tenía con el Duque, la atendió, retirándose con su ejército al otro lado del río Tronto.

VI. Mientras ocurrían tales sucesos en la Romaña, no gozaban tranquilidad los florentinos. Entre los ciudadanos de mayor reputación en el gobierno de Florencia figuraba Neri de Gino Capponi, cuya fama temía más que ningún otro Cosme de Médicis, porque á su crédito en la población uníase el que tenía entre los soldados por haber sido varias veces jefe del ejército florentino; ganándose la estimación por su valor y mérito. Además, las victorias que todos sabían, alcanzadas por él y por su padre Gino, pues éste tomó á Pisa, y Neri venció á Nicolás Piccinino en Anghiari, le hacían amar

de muchos y temer de los que no deseaban partícipes en el gobierno.

Entre otros muchos capitanes del ejército florentino figuraba Baldaccio de Anghiari, tan excelente militar que no había en aquel tiempo en Italia quien le superase en valor y fuerza corporal. Tanta era su fama en la infantería, fuerza siempre á sus órdenes que, en opinión de todos, le seguiría en cualquier empresa que intentara.

Tenía Baldaccio íntima amistad con Neri, á quien amaba por sus virtudes, de las que constantemente era testigo. Esta intimidad infundía sospechas á otros ciudadanos, quienes, considerando que prescindir de sus servicios militares era peligroso y tenerle en ellos peligrosísimo, determinaron matarle. La fortuna favoreció esta determinación.

Era Confaloniero de justicia maese Bartolomé Orlandini, encargado de la defensa de Marradi cuando, como antes dijimos, pasó á Toscana Nicolás Piccinino, y que abandonó cobardemente este castillo, aunque, por su posición, era de fácil defensa. Tanto desagradó á Baldaccio esta cobardía, que en sus conversaciones y cartas hizo público el poco ánimo de Orlandini, cosa que causó á éste gran vergüenza y disgusto, y le infundió vehementísimo deseo de vengarse; pensando borrar la indignidad de su conducta con la sangre del acusador.

VII. Conocían otros ciudadanos el deseo de Orlandini, y sin trabajo le convencieron de que debía matar á Baldaccio, vengándose él de la injuria recibida y librando al Estado de un hombre á quien, no sin peligro, mantenía ni, sin daño, podía licenciar. Determinó, pues, Orlandini matarle, y al efecto reunió en una de sus habitaciones varios jóvenes armados. Vino Baldaccio á la

plaza de la Señoría, como lo hacía diariamente, para tratar con los magistrados de los sueldos de sus tropas; le llamó el Confaloniero, y sin recelo alguno fué á verle; salió á su encuentro Orlandini y dieron dos ó tres vueltas por las salas de la Señoría hablando de los sueldos. Cuando al Confaloniero pareció momento oportuno, estando próximos á la habitación donde había escondido á los hombres armados, hizo la señal convenida, salieron éstos y, encontrando á Baldaccio solo y desarmado, le asesinaron y arrojaron su cadáver por la ventana del palacio que da á la aduana. De allí lo llevaron á la plaza, cortáronle la cabeza y durante todo el día la mostraron al pueblo (1443).

Quedó de Baldaccio un hijo, que pocos años antes había dado á luz su mujer Annalena, y que murió al poco tiempo. Annalena, sin hijo y sin marido, y no queriendo la compañía de ningún otro hombre, hizo de su casa un monasterio, encerrándose en él con otras muchas nobles señoras, donde vivió y murió santamente. El monasterio que fundó ha conservado y perpetuará su nombre.

Este suceso aminoró la influencia de Neri Capponi, privándole de crédito y amigos, y no bastó á los ciudadanos poseedores de la gobernación. Diez años habían transcurrido desde su victoria sobre los Albizzi; había expirado el poder de la Balía, y, porque muchos con palabras y actos mostraban más ánimos de lo que á los gobernantes conviniera, juzgaron los jefes del gobierno que, para no perder su posición, necesitaban afirmar la influencia de sus amigos y destruir la de sus adversarios.

Para esto en el año 1444 crearon, por medio del Consejo, nueva Balía, que reformó los cargos, dando á

corto número de ciudadanos el derecho de elegir la Señoría y renovó la Cancillería de las reformas, privando de ella á Felipe Peruzzi y sustituyéndole con uno que gobernara á satisfacción del partido dominante. Prolongó el tiempo del destierro á los desterrados; metió en la cárcel á Juan de Simon Vespucci; privó de sus cargos á los funcionarios del partido contrario, y con ellos á los hijos de Pedro Baroncelli, á todos los Serragli, á Bartolomé Fortini, á maesé Francisco Castellani, y á muchos otros. Con tales medios reforzaron su autoridad y crédito, privando á sus enemigos y á los sospechosos de toda esperanza.

VIII. Conseguida así la dominación en el interior, atendieron á los asuntos de fuera.

El rey Alfonso, según antes hemos dicho, había abandonado á Nicolás Piccinino, y el conde Sforza, con la ayuda de los florentinos, estaba poderoso, por lo cual atacó á Piccinino junto á Fermo, y le derrotó de tal suerte que, con pocos de los suyos, se refugió en Montecchio. Allí se fortificó y defendió con tanta tenacidad, que, al poco tiempo, todas sus tropas se le habían unido y contó con fuerzas para hacer frente al Sforza. Llegó en esto el invierno, y los dos ejércitos se acuartelaron.

Durante el invierno se ocupó Piccinino en reforzar sus tropas, ayudándole para ello el Papa y el rey Alfonso, tanto que, al llegar la primavera, y saliendo ambos generales á campaña, la superioridad del ejército de Piccinino puso al Conde en grande aprieto, y habría sido vencido, de no determinar el duque de Milán contrarrestar los propósitos de Piccinino. Rogóle Visconti que fuera inmediatamente á verle, porque tenía que decirle de palabra cosas importantísimas. Ansioso Piccinino de

escucharle, abandonó por un bien dudoso una segura victoria y, dejando al frente del ejército á su hijo Francisco, fué á Milán.

Súpolo Sforza, y aprovechó la ocasión de atacar al enemigo mientras Piccinino estaba ausente, librando la batalla junto al castillo de Monte Loro, derrotándolo y cogiendo prisionero á Francisco Piccinino.

Llegó Nicolás Piccinino á Milán, y al verse engañado por el duque Visconti y saber la derrota de su ejército y la prisión de su hijo, murió de sentimiento en 1445, á los sesenta y cuatro años de edad. Fué capitán más valeroso que afortunado. Dejó dos hijos, Francisco y Jacobo, que tuvieron menos valor y peor fortuna que el padre, de suerte que este ejército, organizado por Braccio, casi quedó disuelto, y el de Sforza, favorecido siempre por la fortuna, adquirió gran fama.

Al ver el Papa derrotado el ejército de Piccinino y muerto éste, no esperando mucho de la ayuda del rey de Aragón, negoció la paz con el conde Sforza que, por mediación de los florentinos, fué convenida, quedando el Papa con Osimo, Fabriano y Ricanati en la Marca, y el resto del país en poder de Sforza.

IX. Ajustada la paz en la Marca, toda Italia hubiese quedado tranquila, á no impedirlo los de Bolonia. Había en esta ciudad dos poderosas familias, los Canneschi y los Bentivogli. Era el jefe de ésta Aníbal, y el de aquélla, Bautista y, para fiarse mejor una de otra, contrajeron parentesco por medio de matrimonios; pero entre hombres que aspiran á la misma grandeza se puede contraer fácilmente parentesco, no amistad.

Tenía alianza Bolonia con los venecianos y los florentinos, ajustada por Aníbal Bentivoglio después que



arrojó de aquella ciudad á Francisco Piccinino; y sabiendo Bautista lo mucho que deseaba el duque de Milán la amistad de aquella ciudad, trató con él de matar á Aníbal y de establecer su dominación en Bolonia. Convenido el modo de realizarlo, el 24 de Junio de 1445 atacó Bautista Canneschi con su gente á Aníbal y le mató, recorriendo en seguida la ciudad y proclamando al duque de Milán.

Había entonces en Bolonia Comisarios venecianos y florentinos que, al principiar el alboroto, se retiraron á sus casas; pero viendo después que el pueblo no favorecía á los asesinos, y que, reunidos en gran número y armados los boloñeses en la plaza, se dolían de la muerte de Aníbal, cobraron ánimo y, con las tropas que tenían, uniéndose al pueblo, atacaron á los Canneschi, venciendoles en seguida, matando á muchos y arrojando de la ciudad á los demás. No pudo escapar Bautista Canneschi, ni sus enemigos matarle, escondiéndose en su casa en una fosa destinada á conservar grano. Buscáronle sus enemigos todo el día, sabiendo que no había salido de la ciudad y, tanto asustaron á sus criados, que un muchacho de los que servían en la casa declaró el escondite, de donde le sacaron cubierto aún con la armadura; matáronle y arrastraron y quemaron su cadáver.

Fué bastante la autoridad del duque Visconti para hacerle acometer aquella empresa, pero no su poder para socorrerle á tiempo.

X. Terminado el tumulto por la muerte de Bautista y la fuga de los Canneschi, quedaron los boloñeses en gran confusión, por no haber ninguno de la casa de los Bentivogli apto para desempeñar el gobierno, pues Aníbal

sólo había dejado un hijo de seis años de edad, llamado Juan. Temíase, pues, que entre los partidarios de los Bentivogli hubiera discordias capaces de facilitar la vuelta de los Canneschi, causando la ruina del partido contrario á ellos y de la patria.

Estando en estas dudas, Francisco, que había sido conde de Poppi y se encontraba en Bolonia, manifestó á los principales de la ciudad que si querían ser gobernados por un descendiente del linaje de Aníbal, él lo mostraría, y dijo que, estando Hércules, primo de Aníbal, hacía unos veinte años en Poppi, tuvo amores con una joven de este pueblo y de ella un hijo llamado Santi, que Hércules le aseguró ser suyo, lo cual además no podía negar, por la extraordinaria semejanza de ambos.

Creyeron los ciudadanos á Francisco, y enviaron á Florencia emisarios para reconocer al joven y pedir á Cosme de Médicis y á Neri que se le concedieran.

El que figuraba como padre de Santi había muerto, y vivía el joven con un tío suyo llamado Antonio de Cascese, hombre rico, sin hijos y amigo de Neri quien, al saber el caso, juzgó que no era prudente despreciar la oferta, ni temerariamente aceptarla, opinando que Santi hablara con los enviados de Bolonia á presencia de Cosme de Médicis. Así se convino, y los boloñeses no sólo honraron, sino casi adoraron á Santi: ¡tanto podía en ellos el espíritu de partido!

No se convino, por lo pronto, nada. Cosme llamó aparte á Santi y le dijo: «Nadie mejor que tú mismo puede aconsejarte en este caso, porque has de adoptar la determinación á que tu ánimo te incline. Si eres hijo de Hércules Bentivoglio, acometerás las empresas dignas

de esta casa y de tu padre, y si lo eres de Agnolo de Cascese, continuarás en Florencia consumiendo tu vida en un vil telar de lana.»

Estas palabras conmovieron al joven y, aunque al principio se había negado á acceder á la pretensión de los boloñeses, ofreció hacer lo que Cosme y Neri determinaran. Pronto se llegó á un acuerdo con los Comisarios de Bolonia y, provisto de trajes, caballos y servidores, fué Santi, acompañado de muchos á esta ciudad, donde le entregaron la guarda del hijo de Aníbal y el gobierno de Bolonia. Tanta fué su prudencia en la gobernación que, habiendo muerto todos sus antepasados á manos de sus enemigos, él vivió en paz y respetado por todos hasta su muerte.

XI. Después de la muerte de Nicolás Piccinino y de la paz ajustada en la Marca, deseaba tener Felipe Visconti un general para su ejército, y negoció secretamente con Ciarpellone, uno de los mejores tenientes de Sforza, llegando á un acuerdo.

Pidió Ciarpellone licencia al conde Sforza para ir á Milán y tomar posesión de algunos castillos que en las pasadas guerras le había donado Visconti. Sospechó Sforza el motivo del viaje y, para que el duque de Milán no se sirviera de Ciarpellone contra él, hizo prender á éste y, al poco tiempo, matarle pretextando que le hacía traición.

Mucho indignó á Felipe este suceso, y no poco satisfizo á los venecianos y florentinos, temerosos de que se uniera al poder del duque de Milán el ejército de Sforza. Aquella indignación produjo nueva guerra en la Marca.

Era señor de Rímini Gismondo Malatesta que, por ser yerno de Sforza, esperaba la Señoría de Pésaro; pero al

ocupó éste y la dió á su hermano Alejandro. Tal preferencia irritó el ánimo de Gismondo, aumentando su indignación el ver que Federico Montefeltro, su enemigo, por el favor del conde Sforza había ocupado la Señoría de Urbino.

Por tales motivos tomó Gismondo el partido del duque de Milán, y excitaba al Papa y al rey de Nápoles para que declararan la guerra al conde Sforza. Este, á fin de que conociera Gismondo los primeros frutos de la guerra que tanto deseaba, determinó prevenir el ataque y le acometió de improviso. La perturbación fué inmediata en la Romaña y en la Marca, porque Visconti, el rey de Nápoles y el Papa enviaron poderoso auxilio á Gismondo, y los florentinos y venecianos dieron al conde Sforza, si no gente, dinero.

No bastó á Visconti la guerra en la Romaña, é intentó quitar á Sforza Cremona y Pontremoli; pero los florentinos defendieron esta plaza, y los venecianos aquélla.

De esta suerte se renovó la guerra en Lombardía y, después de algunos combates en los alrededores de Cremona, los florentinos, al mando de Micheletto, y los venecianos derrotaron en Casale á Francisco Piccinino, que mandaba el ejército del duque de Milán (1446).

Esperando los venecianos, por esta victoria, quitar al duque sus Estados, enviaron un Comisario á Cremona, é invadieron la Ghiaradadda, ocupando todo aquel territorio, menos Crema. Pasaron después el Adda y llegaban en sus correrías hasta Milán.

El duque Visconti acudió á Alfonso, rey de Nápoles, rogándole que le socorriera, y mostrándole el peligro que correría aquel reino si los venecianos se apoderaban de

Lombardía. Prometió Alfonso enviarle auxilio, que difícilmente podía pasar sin consentimiento del conde Sforza.

XII. Rogó Felipe Visconti al Conde que no abandonara á su suegro, viejo ya y ciego. El Conde estaba ofendido con el Duque por haberle éste movido la guerra; mas, por otra parte, no le agradaba el engrandecimiento de los venecianos. Además, empezaba á faltarle dinero, y la Liga era parca en dárselo, porque los florentinos no tenían ya al Duque el miedo que les obligaba á estimar á Sforza, y los venecianos deseaban la ruina de éste, por creer que era el único capaz de poderles quitar la Lombardía. Sin embargo, mientras Visconti procuraba atraérsele, ofreciéndole el mando de todas sus tropas si restituía la Marca al Papa y abandonaba á los venecianos, éstos le enviaron embajadores, prometiéndole Milán si lo tomaban, y el mando de todo su ejército á perpetuidad, con tal que continuara la guerra en la Marca é impidiera la llegada á Lombardía de las tropas del rey Alfonso.

Grandes eran las promesas de los venecianos y grandísimos sus servicios, por haber intervenido en aquella guerra para salvar á Cremona, que era de Sforza. En cambio las injurias del duque de Milán eran recientes, y sus ofrecimientos no grandes y nada dignos de fe. Estaba, sin embargo, dudoso el Conde acerca del partido que debería tomar, porque de una parte le obligaban sus compromisos con la Liga, la fidelidad jurada, los recientes servicios que la Liga le había hecho y las promesas para lo futuro; de otra le detenían los ruegos de su suegro, y, sobre todo, el veneno que sospechaba encubrían los venecianos con sus promesas; comprendiendo que, si eran vencedores, á discreción suya quedaba el realizar-

las, y á este peligro sólo por necesidad debía exponerse un hombre prudente.

Con la incertidumbre de Sforza en resolverse acabaron por ambición los venecianos, quienes, esperando ocupar á Cremona por secretas negociaciones que tenían con gente de dicha plaza, con distinto pretexto acercaron á ella su ejército. Pero los que á nombre de Sforza guardaban á Cremona descubrieron el complot y fracasó, resultando que no se apoderaron de Cremona y perdieron la ayuda del conde Sforza, que, dejando á un lado todo género de consideraciones, se unió al duque de Milán (1447).

XIII. Había muerto el papa Eugenio y sido elegido para sucederle Nicolás V.

El conde Sforza tenía ya reunido todo su ejército en Cotignola para pasar á Lombardía, cuando recibió la noticia de la muerte de Felipe Visconti, ocurrida á fines de Agosto de 1447.

Este suceso alarmó á Sforza, porque debía pagar á sus tropas y no estaba seguro de la subordinación del ejército. Temía á los venecianos, que contaban entonces con numerosas fuerzas, y de los cuales se había separado recientemente para unirse al duque de Milán; temía también al rey Alfonso, su perpetuo enemigo; nada esperaba del Papa, porque ocupaba tierras de la Iglesia, y nada de los florentinos, aliados con los venecianos.

Determinó, sin embargo, arrostrar la mala fortuna y dejarse guiar por los sucesos, porque en la actividad se encuentran oportunidades que en la quietud nunca se hallan.

Le infundía grandes esperanzas la creencia de que, si los milaneses querían defenderse de la ambición de los

venecianos, sólo del ejército que él mandaba podían valerse. Por ello, cobrando ánimo, pasó al territorio de Bolonia, y después á Módena y Reggio, deteniéndose con el ejército junto al río Lenza, y ofreciendo desde allí sus servicios á los milaneses.

Éstos á la muerte del Duque se dividieron, queriendo unos vivir libres, y otros bajo el mando de un príncipe. De los que preferían un príncipe, unos deseaban al conde Sforza y otros al rey Alfonso. Estando los que amaban la libertad unidos, prevalecieron de sus adversarios, y organizaron un gobierno republicano, que no obedecieron muchas ciudades del Ducado, porque cada una deseaba gozar de su libertad como Milán, y las que no aspiraban á ser repúblicas independientes, rechazaban la soberanía de los milaneses. Lodi y Piacenza se entregaron á los venecianos; Pavía y Parma se declararon independientes y, viendo Sforza esta desorganización, marchó á Cremona, donde sus comisionados llegaron á un acuerdo con los de Milán para que Sforza fuera jefe de todo el ejército, con las mismas condiciones que había pactado con el Duque Visconti, añadiendo que Brescia fuera del Conde y, si conquistaba Verona, se quedase con esta ciudad, restituyendo Brescia á los de Milán.

XIV. Antes de que muriera el duque de Milán, el papa Nicolás, al ocupar el solio pontificio, procuró restablecer la paz entre los príncipes italianos. Al efecto negoció con los embajadores que le enviaron los florentinos para felicitarle por su elección, que se reuniera una Dieta en Ferrara, á fin de convenir larga tregua ó ajustar la paz.

Reuniéronse, pues, en Ferrara el legado del Papa y los embajadores venecianos, milaneses y florentinos,

pero no fueron los del rey de Nápoles. Encontrábase éste en Tivoli con bastante gente de á pie y á caballo, y desde allí favorecía al duque de Milán, creyéndose que, por haber atraído á su causa al conde Sforza, pretendían atacar abiertamente á venecianos y florentinos y, mientras lograban que el ejército de Sforza pasara á Lombardía, entretener el tiempo con las negociaciones de la paz en Ferrara, donde el rey Alfonso no envió embajadores, prometiendo ratificar lo que conviniera el duque de Milán.

Duraron estas negociaciones muchos días y, después de larga discusión, se convino ó en una paz perpetua ó en una tregua por cinco años á voluntad del duque Visconti. Pero cuando sus embajadores volvieron á Milán para saber su opinión, le encontraron muerto.

A pesar de la muerte de Visconti los milaneses deseaban observar el acuerdo; pero no quisieron los venecianos, por su grande esperanza de apoderarse del Estado de Milán, mayormente al ver que Lodi y Piacenza, tan pronto como murió el Duque, se unieron á ellos. Creían, pues, que en breve tiempo, ó por fuerza ó por convenio, despojarían á Milán de todo el Ducado y después, oprimir de tal modo á los milaneses, que aun ellos tuvieran que rendirse antes de que alguien les socorriera. Pesuadiéronse de esto mucho más al ver que los florentinos se empeñaban en guerra con el rey de Nápoles.

XV. Estaba el Rey en Tivoli; quería emprender la guerra en Toscana, como con Visconti había convenido y, juzgando que la empezada en Lombardía le daba tiempo y comodidad para ello, deseó tener una posición en territorio florentino antes de emprender abiertamente las hostilidades. Al efecto, entabló tratos secretos con



los del castillo de Cennina, en el valle del Arno, y lo ocupó.

Sorprendió á los florentinos este inesperado ataque, y al ver que el Rey iba contra ellos, tomaron tropas á sueldo, crearon el Consejo de los Diez y, según su costumbre, se prepararon á la guerra.

Encontrábase ya Alfonso con su ejército cerca del territorio de Siena, y se esforzaba por que esta ciudad se adhiriera á su causa; pero los sieneses permanecieron fieles á la amistad con los florentinos, y no recibieron al Rey ni en Siena, ni en ninguna de las poblaciones de su territorio, aunque le proveían de víveres, porque su impotencia y la fuerza del enemigo no les permitía hacer otra cosa.

No tomó el Rey para la invasión en Toscana el camino del valle del Arno, como al principio había determinado, ó por haber perdido á Cennina, ó porque los florentinos tenían reunido ya bastante ejército; dirigióse, pues, hacia Volterra, ocupando varios castillos en el Volterrano. Desde allí fué á la comarca de Pisa y, por la ayuda que le dieron Arrigo y Fazio, de la familia de los condes de la Gherardesca, tomó algunas plazas y atacó á Campiglia, de la cual no pudo apoderarse por la defensa de los florentinos y por el rigor del invierno.

Dejó el Rey en la comarca conquistada guarnición para custodiarla y hacer correrías, y con el resto del ejército se acuarteló en el territorio de Siena.

Los florentinos entretanto, aprovechando la estación, organizaron un ejército, dando el mando á Federico, señor de Urbino, y á Gismondo Malatesta, de Rímini; y, aunque hubo discordia entre ambos, por la prudencia de Neri de Gino y de Bernardino de Médicis, que eran los

Comisarios, continuaron unidos de tal modo que, siendo aún grande el frío, salieron á campaña (1448) recobrando las poblaciones perdidas en el territorio de Pisa y el Pomarance en el de Volterra. Los soldados del Rey, que antes hacían correrías por la costa, fueron contenidos hasta el punto de defender, no sin trabajo, las plazas cuya guarda se les había confiado.

Llegada la primavera, acamparon los Comisarios con todo el ejército en Spedaletto, en número de cinco mil caballos y dos mil infantes, y el Rey llegó con el suyo de quince mil hombres á tres millas de Campiglia.

Cuando se esperaba que volviera á atacar esta plaza, acometió á Piombino, creyendo conquistarlo fácilmente, por estar aquella comarca mal provista y por juzgar que su ocupación le era utilísima y muy dañosa á los florentinos, pues, desde aquella comarca, podía sostener larga guerra contra ellos, á causa de recibir las provisiones por mar, y perturbar todo el país de Pisa.

Por ello alarmó á los florentinos este ataque y, después de deliberar lo que convenía hacer, acordaron acampar con el ejército en los bosques de Campiglia, esperando, con este movimiento, batirle ú obligarle á vergonzosa retirada. Armaron pues cuatro galeones que tenían en Liorna, y en ellos llevaron trescientos infantes á Piombino. El ejército, por considerar peligroso situarse en los bosques de la llanura, acampó en Caldane, posición de muy difícil ataque.

XVI. Sacaban los florentinos los víveres de las comarcas inmediatas que, por ser estériles y poco habitadas, les proveían con dificultad. Había, pues, escasez, y sobre todo faltaba el vino, porque ni se recolectaba en aquella tierra, ni se podía llevar de más lejos, siendo im-

posible dar á cada cual su ración. El ejército del Rey, en cambio, aunque estrechado por los florentinos, estaba abundantemente provisto de todo, hasta de paja para los caballos, porque recibía por mar las provisiones.

Intentaron los florentinos proveerse del mismo modo, cargando de víveres sus galeones y haciéndoles ir; pero los encontraron siete galeras del Rey, y dos de aquéllos fueron cogidos, huyendo los otros dos. Esta pérdida quitó la esperanza al ejército florentino de tener víveres frescos, y doscientos ó más hombres, por la falta de provisiones, especialmente de vino, desertaron, pasándose al rey Alfonso; las demás tropas murmuraban, diciendo que en el sitio donde acampaban, sin vino y con mala agua, era excesivo el calor. Tantas fueron estas murmuraciones, que los Comisarios determinaron abandonar aquel lugar, y se dirigieron á recuperar algunas poblaciones que todavía estaban en poder del Rey, quien, aun cuando contaba con víveres y con ejército más numeroso, nada podía emprender, por las numerosas enfermedades que en esta época del año producen las marismas, dolencias tan perniciosas, que muchos morían y casi todos estaban enfermos.

Empezaron negociaciones para la paz, pidiendo el Rey cincuenta mil florines y que dejaran á su discreción Piombino. Enviadas estas condiciones á Florencia, muchos que deseaban la tranquilidad las aceptaban, asegurando no saber cómo se podría alcanzar la victoria en una guerra que tanto costaba mantenerla. Pero Neri Capponi fué á Florencia, y de tal modo animó á los ciudadanos con sus discursos que, de común acuerdo, convinieron en no aceptarlas, tomando bajo la protección de la República al Señor de Piombino, con obligación de sostenerle en

paz y en guerra, con tal de que no se entregara al Rey, defendiéndose, como hasta entonces, del enemigo.

Supo Alfonso esta determinación, y viendo que su ejército, debilitado por las enfermedades, no podía tomar la plaza, levantó el sitio casi como en derrota, dejando allí más de dos mil muertos. Con el resto del enfermo ejército se retiró á la comarca de Siena, y desde allí al reino de Nápoles, indignado contra los florentinos y amenazándoles que, en mejor tiempo, emprendería de nuevo la guerra.

XVII. Mientras ocurrían estos sucesos en Toscana, habiendo llegado el conde Sforza en Lombardía á ser general de los milaneses, antes que toda otra cosa se hizo amigo de Francisco Piccinino, que á sueldo de aquéllos militaba, para que le favoreciese en su empresa ó se contuviera en contrariarla.

Salió con su ejército á campaña. Comprendieron los de Pavia que no podían defenderse de esta fuerza, pero, no queriendo obedecer á los milaneses, le ofrecieron la ciudad á condición de que no la pusiera bajo el poder de Milán.

Deseaba Sforza la posesión de Pavia, pareciéndole que era buen principio para realizar sus proyectos; y no le contenía el temor y la vergüenza de faltar á su palabra, porque los grandes hombres llaman vergüenza el perder y no el adquirir con engaño; pero dudaba si al ocupar á Pavia se indignarían los milaneses hasta el extremo de entregarse á los venecianos. No apoderándose de ella, temía que cayera en poder del duque de Saboya, á quien muchos ciudadanos deseaban entregarse, de modo que en uno ú otro caso podía verse privado de la posesión de Lombardía.

Juzgó menor peligro apoderarse de Pavía que dejarla tomar á otro, y determinó aceptar el ofrecimiento, esperando convencer á los milaneses, á quienes hizo ver que, si no la ocupaba, corrían peligro de que sus habitantes la entregaran á los venecianos ó al duque de Saboya, siendo en cualquiera de ambos casos perdida para ellos; de suerte que debían preferir tenerle por vecino y amigo, á un vecino poderoso y enemigo como lo eran los venecianos y el duque de Saboya.

Los milaneses se alarmaron mucho al saber esto, creyendo descubrir la ambición del Conde y lo que se proponía; pero disimularon sus sospechas, porque, aparte de Sforza, no veían refugio más que en los venecianos, cuya soberbia y gravosas condiciones les espantaban; por lo cual determinaron no apartarse del Conde, y valerse de sus fuerzas para librarse de los males que les amenazaban y, si podían conseguirlo, librarse después de él.

No solamente les atacaban entonces los venecianos, sino también los genoveses y el duque de Saboya á nombre de Carlos de Orleans, hijo de una hermana de Felipe Visconti. A los genoveses y al Duque los contuvo fácilmente Sforza. Quedaban sólo como enemigos los venecianos que, con poderoso ejército, querían ocupar el Estado de Milán y tenían á Lodi y Piacenza. Sforza sitió esta última plaza y, después de largo trabajo, la tomó y saqueó. Llegado el invierno, puso á su ejército en alojamiento, y él se fué á Cremona, donde pasó con su mujer el resto de la estación.

XVIII. Al empezar la primavera, salieron á campaña los ejércitos veneciano y milanés. Deseaban los milaneses recuperar á Lodi, y después ajustar la paz con los venecianos, porque los gastos de la guerra habían au-

mentado considerablemente y la fidelidad del general era sospechosa, de suerte que deseaban con vehemencia la paz para descansar y precaverse de Sforza. Determinaron, pues, que su ejército fuese á la conquista de Caravaggio, esperando que Lodi se rindiera cuando aquel castillo fuese tomado.

Obedeció el Conde á los milaneses, aunque su opinión era pasar el Adda é invadir el territorio de Brescia.

Púsose el cerco á Caravaggio y con fosos y bastiones se fortificaron los sitiadores, para que, si los venecianos querían hacerles levantar el asedio, tuvieran que acometerles con desventaja.

Vinieron las tropas de Venecia á las órdenes de Micheletto, á situarse á dos tiros de arco del ejército de Sforza, permaneciendo en estas posiciones muchos días y teniendo muchas escaramuzas. Pero el Conde continuaba el asedio del castillo en términos que los sitiados no podían resistir más. Su rendición desagradaba mucho á los venecianos, por creer que la pérdida de Caravaggio equivalía á la pérdida de la campaña.

Hubo, pues, entre sus capitanes grandísima discusión sobre el modo de socorrerlo, sin que se viera otro camino que el de acometer al enemigo dentro de sus trincheras, con grandísima desventaja; pero tanto estimaban la posesión de aquel castillo, que el Senado veneciano, naturalmente tímido y opuesto á toda empresa dudosa ó de peligro, prefirió ponerlo todo en riesgo, á perder á Caravaggio y, con él, la campaña.

Determinaron, pues, atacar de cualquier modo al Conde y, al amanecer de un día, le acometieron por la parte menos guardada. Al primer ímpetu el ejército de Sforza, que no esperaba el ataque, se desorganizó; pero

el Conde restableció en seguida el orden, de tal suerte, que los enemigos, después de grandes esfuerzos, no sólo fueron rechazados, sino derrotados y dispersos, hasta el punto que, de doce mil caballos que tenia el ejército, apenas se salvaron mil, perdiéndose todos los carros y bagajes. No habían sufrido hasta entonces los venecianos mayor y más espantosa ruina.

Entre el botín y los prisioneros encontraron consternadísimo un proveedor veneciano, que antes de la batalla y durante la campaña hablaba del Conde ultrajándole, llamándole bastardo y vil. Al verse prisionero, y recordando sus insultos, temeroso de que le premiaran cual merecía, llegó ante Sforza tímido y asustado, como es natural en los soberbios y viles, que en la prosperidad son insolentes y en la adversidad humildes hasta la abyección y, llorando se arrodilló, pidiéndole perdón de sus injurias. El Conde le levantó y, tomándole del brazo le animó, haciéndole concebir buena esperanza. Después añadió que se maravillaba de que un hombre de tanta prudencia y gravedad, como él pretendía tener, hubiese incurrido en el error de hablar tan indignamente de quien no lo merecía, y en cuanto á lo que le achacaba, él no sabía lo ocurrido entre Sforza su padre y doña Lucía su madre, porque no estaba allí; ni había podido influir en la forma de su unión, no creyendo, por tanto, que le cupiese por ella elogio ó censura; pero sabía bien que en todos sus actos se había portado de modo que nadie debiera censurarle, de lo cual él y su Senado podían dar reciente y verdadero testimonio. Aconsejóle que en lo sucesivo fuera más prudente al hablar de otros y más cauto en sus empresas.

XIX. Después de este triunfo, el Conde con su vic-

torioso ejército pasó al territorio de Brescia y ocupó todo aquel condado, acampando á dos millas de Brescia.

Por su parte, los venecianos, al saber la derrota, temiendo, como sucedió, que Brescia fuese la primera población atacada, la guarnecieron con las fuerzas que mejor y más pronto reunieron, y después, con gran diligencia, tomaron á sueldo tropas, uniéndolas á los restos del dispersado ejército que pudieron recoger. Además, en cumplimiento de la Liga, pidieron á los florentinos auxilio, y libres ya éstos de la guerra con el rey Alfonso, les enviaron mil infantes y dos mil caballos. Este refuerzo les permitió aguardar ocasión propicia para hacer la paz.

Fué siempre destino de la república veneciana ser vencida en las batallas y victoriosa en las negociaciones; y lo que perdía en la guerra, con creces lo recobraba al ajustar la paz. Sabía las sospechas que á los milaneses inspiraba Sforza, y que éste deseaba ser, no capitán, sino Señor de Milán. Estando en su arbitrio pactar la paz con Sforza ó los milaneses, puesto que aquél la deseaba por ambición y éstos por miedo, eligieron los venecianos hacerla con el Conde y ofrecerle auxilio para la conquista que proyectaba, comprendiendo que, al verse los milaneses engañados por Sforza, querrían, por resentimiento, someterse al yugo de cualquier otro que al suyo y, reducidos al extremo de no poder defenderse por sí mismos ni fiarse del Conde, veríanse obligados, por no saber á quién acogerse, á echarse en brazos de los venecianos.

Tomada esta determinación, tantearon el ánimo del Conde, encontrándole sumamente dispuesto á la paz, porque deseaba que la victoria de Caravaggio fuera suya